

que habiéndole profesado hasta entónces ademas de la admiracion que á todos inspiraba un afecto sincero, sentia mucho verlo contentarse con el papel de imitador, cuando podia colocarse en la historia entre los fundadores. Bonaud, ademas de la *Legislacion primitiva*, restauracion de ideas desacreditadas, sostuvo contra el código civil la indisolubilidad del matrimonio. Los *Templarios*, tragedia muy aplaudida, escrita por Renouard, censuraban la opresion de un rey y de un papa; por lo cual Napoleon mandó que el autor fuese criticado agriamente por sus escritores. La Fayette habia sido amigo de Buonaparte, que estimaba en él al compañero de armas de Washington; pero cuando la votacion para el consulado vitalicio escribió en el registro: « No, miétras no esté » suficientemente afianzada la libertad; en- » tónces votaré por Buonaparte, » y en una carta dirigida á este le decia estas razones: « Es imposible que vos, siendo el primero entre » aquellos hombres para quienes no se encuen- » tra comparacion sino abrazando todos los » siglos, queráis que tan gran Revolucion, tan- » tas victorias, tanta sangre, tantos dolores y » prodigios, no tengan para el mundo y para » vos mas resultado que un gobierno arbitra- » rio. » Y como lo vió caer en la arbitrariedad, se retiró enteramente.

Los ideólogos, generosos en sus obras aunque materialistas en sus doctrinas, se asustaban de la guerra que Napoleon hacia á la libertad y á la irreligion, que en su concepto era hija de aquella. Por tanto en la sociedad de Auteuil hacian oposicion al conquistador Tracy, Cabanis, Daunou, Thurot, Ginguené, Chenier, Garat, Volney y otros que se lamentaban de la muerte de la Revolucion y esquivaban los abrazos corruptores del déspota. De aquí el odio de Napoleon á los ideólogos, bajo cuyo nombre comprendia á todos aquellos que no se contentaban con hechos y que por entre estos buscaban las generalidades, la razon. Napoleon habria querido una literatura que no tratase de lo que no es literatura propiamente, es decir, una literatura sin metafísica, sin historia, sin derecho público.

Al mismo tiempo se hizo odioso á las mujeres con insultos gratuitos, diciendo á una que era vieja, á otra que iba mal vestida ó como en la fiesta anterior, repitiendo que la mujer mas estimable era la que tenia mas hijos y preguntándoles cuántos varones habian dado á luz, como si quisiera en su seno buscar reclutas (1).

Madama Staël habia atacado á este « Robes- » pierre á caballo » con epigramas y agudezas que se repetian en las sociedades. El emperador habiéndolo sabido se irritó, tanto mas cuanto que en vano habia solicitado una frase de alabanza en la *Corina*, y dirigió una pueril persecucion contra la hija de Necker, primero

(1) Napoleon invitó á la señora de Chevreuse á entrar al servicio de la reina de España destronada, y habiéndole respondido que no queria ser camarera, la desterró por tres años.

haciendo que la criticasen duramente sus periódicos y luego desterrándola á sesenta millas de París. Madama Staël, despues de haber visitado la Alemania y la Italia, se estableció junto al lago de Ginebra, donde reunia en torno suyo varios ingenios ilustres, no extraños á la idea de una Restauracion borbónica. Miétras Napoleon la ultrajaba, ella dió á conocer la Alemania; hizo grandes alabanzas de los Ingleses y llamaba á los Cosacos « caballeros de la raza humana. » Napoleon, indignado, decia á su hijo: « Vuestra madre tiene mucho talento, pero no » está acostumbrada á subordinacion ninguna; » criada entre los desórdenes de la Revolucion » ó de la Monarquía espirante, si estuviese un » mes en París, tendria que mandarla á Bicétre, » lo cual haria ruido y la opinion se me echaria » encima. Decidle, pues, que miétras yo viva » no volverá á París. El reinado de los intri- » gantes ha concluido: subordinacion es lo que » se necesita y respeto á la autoridad, porque » la autoridad viene de Dios. »

Hasta á sus propias hechuras exacerbaba Napoleon con palabras y actos mas que descortes. ¡Ay del ministro que se hubiese presentado sin guardar en el traje todo el rigor de la etiqueta! Talleyrand, diplomático implacable, accesible á la corrupcion, tanto que muchas veces rehizo su desconcertada fortuna, y que cuando cesaba de ser guia se convertia en rémora, fué despedido; por lo cual daba á entender que se habia retirado por no haber querido aprobar la traicion de Bayona, y hacia á su antiguo amo una oposicion de agudezas y chistes en los salones, manifestando en alta voz la desaprobacion que todos los demas guardaban dentro del pecho. Fouché, jacobino, no amaba á Napoleon, y persuadido de que no podia menos de precipitarse, andaba meditando siempre lo que pudiera ponerse en su lugar, aunque fuese la libertad. Cuando los desastres de Alemania recibia avisos de los descontentos y emisarios del ejército para hacer una revolucion en el imperio, invocada por el llanto de tantas viudas, por la indignacion de tantas nacionalidades conculcadas. Ni á él ni á Talleyrand se atrevia Napoleon á castigar duramente, y así le habria convenido halagarlos; pero con desterrar á Fouché se hizo un enemigo mas, y enemigo diestro en los misterios de la policia.

En el Senado habia muchos pensadores, pero mudos; no pocos en el ejército lloraban la muerte de las ideas republicanas malamente trocadas por la gloria; Massena, Brune, Bernadotte y otros muchos se hallaban descontentos de ver que se daban á los parientes de Napoleon las coronas que ellos habian adquirido con su sangre; y si no conspiraban, ponian á lo menos su esperanza y sus miras en el porvenir. Habiendo decretado Napoleon el destierro de Bernadotte, este respondió: *El puede mandar á los reyes en Viena, pero no desterrarme á mi de París.*

Tampoco los reyes, sus hechuras, estuvieron siempre dispuestos á sacrificar los pueblos á sus

caprichos. José le declaró (1809) que si unia las provincias españolas al imperio como parecia intentarlo, él abandonaria el trono. Á Luis oponian los Holandeses, no la insurreccion, sino la fuerza de inercia, no queriendo nuevos impuestos, ni reduccion de los intereses, ni contribuciones sobre las rentas, é invocando sobre todo la paz marítima, fuente de sus riquezas; y Luis, que habia manifestado generosidad y valor, ya en una explosion acaecida en Leiden (1807), ya cuando la invasion de los Ingleses en la isla de Walcheren (1809) no podia conciliar el bien de su pueblo, cuya vida era el comercio, y á quien arruinaba el bloqueo continental, con las exigencias de su hermano que se quejaba del contrabando que se hacia por aquel país en Alemania. Cuando Napoleon hizo ocupar á Amsterdam, Luis abdicó; segundo hermano que se emancipaba de una corona que ya era de espinas.

1810. 4^o de julio. Napoleon sabia por la policia lo que de él se murmuraba; pero si preguntaba á los cortesanos la razon de este descontento, ellos respondian que consistia en no tener sucesor el imperio, pues que la falta del emperador podria ser fatal á aquel orden de cosas. Napoleon dió oídos á las habladurías de corte por no escuchar las voces del pueblo, y resolvió repudiar á aquella Josefina que habia sido la autora de su fortuna. Fijo en esta idea, superó los excesos del dolor de su mujer, superó la oposicion del Senado, superó tambien la de la Iglesia haciendo que el clero de París declarase ilegal un matrimonio que habia sido bendecido por el papa, aunque no se habian publicado para él las amonestaciones de costumbre; y con un refinamiento indecente de despotismo, hizo que Eugenio, hijo de Josefina, anunciase á los cuerpos del Estado la disolucion de aquel matrimonio.

Habiendo disgustado á su pueblo, tuvo necesidad de apoyarse en alianzas extranjeras y buscó una esposa en las familias reales, y en aquella misma casa de Austria á la cual habia pertenecido Maria Antonieta. Fué cosa nueva el ver á Napoleon muy afanado disponiendo blasones, ceremonias, comitivas, regalos. Los buenos habitantes de Viena casi se sublevaron al ver marchar aquella princesa arrojada en brazos del enemigo para aplacarlo. En París á la llegada de Maria Luisa se presentó otra vez en la corte la nobleza antigua que ántes se habia mantenido alejada de aquella gente nueva; se restablecieron las grandes dignidades, y á los uniformes militares sucedieron los trajes de corte. El nacimiento de un hijo (1811) al cual dió el título de rey de Roma, le pareció que consolidaba su dinastía, y vino á aumentar el descontento en aquellos de sus parientes que esperaban poseer la herencia imperial.

Creyó que aumentando la opresion y reforzando el despotismo administrativo cesaria toda resistencia, y entónces estableció el código penal como si fuera un asunto de policia, como un medio de tener á raya á los nobles, á los clérigos, á los escritores, á los bribones. La parte

expositiva de este código respira en todos sus pasajes profundo desprecio á la humanidad y una íntima persuasion de que no se contiene á la sociedad sin gendarmes; y en cuanto á la parte dispositiva, todo tendia á afianzar la seguridad del soberano, nada á garantizar los derechos del súbdito. El terror habia familiarizado á los Franceses con la sangre, y así se prodigaron tanto en aquel código la pena de muerte, la de marca y la de confiscacion que castiga á la posteridad. Diéronse en él á la policia facultades desmesuradas; multiplicáronse las culpas calificadas de atentados contra la seguridad pública; se impuso como precepto la delacion; se suprimió el jurado, á excepcion de los casos de atentado contra las personas; creáronse muchos tribunales especiales; hicieronse mas fáciles y arbitrarias las prisiones; establecieronse cárceles de Estado donde todo aquel á quien se creía peligroso podia ser detenido sin formacion de causa y por el simple dictamen del consejo privado del emperador. Otros muchos eran desterrados ó confinados por solo una orden del ministro, por una palabra, por un voto, en cuyo caso se encontraron tambien varias mujeres. Una vez el Senado anuló la decision de los jurados de Brusélas (1812), y en otra ocasion mandó formar causa al gobernador de Ambéres, que ya habia sido absuelto legalmente.

Habiendo sometido Napoleon á su imperio los cuerpos, le parecia natural que lo estuvieran tambien las creencias y el culto. Teniendo de rodillas á los reyes, ¿por qué no habian de estar á sus piés los sacerdotes? En primer lugar le pareció que debía ceder á su voluntad la antigua separacion de los Judíos, á cuyo efecto convocó en París el gran sanedrín para que pusiese de acuerdo las prácticas israelitas con las del país. En este se definió que la ley hebráica contenia disposiciones religiosas y disposiciones políticas; que las primeras eran absolutas, al paso que las segundas, destinadas al gobierno de Israel en la Palestina, no podian ser aplicables despues de disuelta la nacion. Por consiguiente se declaró prohibida la poligamia, desusada en Occidente; se determinó que precediese el acto civil del matrimonio al acto religioso; que los Judíos se conformasen con las leyes civiles en cuanto al divorcio, al repudio y al levirato; que era lícito contraer matrimonio con personas de la religion cristiana; que debía considerarse como hermano á todo el que reconociera un Dios creador; que todo Israelita reconocido por la ley como ciudadano debía conformarse con el código civil en todos sus contratos y préstamos; que si era llamado al servicio militar, quedaba dispensado de la observancia de los preceptos religiosos incompatibles con este, y por último, si bien los Israelitas seguian con preferencia las profesiones mecánicas y liberales, debian al mismo tiempo adquirir bienes raíces como medio de adherirse mas á su patria, y de obtener la consideracion general.

Lucho-
sas.
San-
drin

Buonaparte, hijo de la Revolución, había mostrado respeto al islamismo en Egipto, y reconstituido después no solo el Catolicismo con el concordato, sino también la supremacía del papa en el hecho de haber recibido de sus manos la corona (1). A esto le indujo el deseo de oponer a la insurrección de la Vendée una especie de legitimidad, uniendo en su persona los derechos de la Revolución y los de la consagración, y la esperanza de robustecerse contra los reyes heréticos a quienes quería atacar. Pero lo que él tomó por simple fórmula pareció otra cosa muy distinta al buen juicio público, el cual no se limita a sacar de una premisa las consecuencias que sus jefes desean, sino que pasa a deducir otras por su cuenta. Surgieron, pues, pensamientos en contradicción con los del conquistador, y le pareció usurpación el haberle privado de la facultad de deprimir un poder a quien él mismo había ensalzado. Pocos días después del concordato publicó varios artículos orgánicos, en que presentó juntamente con aquel al cuerpo legislativo; pero el papa no los había reconocido, antes bien en un consistorio se quejó de este fraude y luego protestó contra la tiranía que trataba de ejercer con el pontífice (2), hasta el punto de pretender que en su consagración jurase no atentar contra las libertades galicanas. Habíase hecho esperar a Pío VII que viniendo a coronar a Buonaparte obtendría la abolición de tales artículos, pero no fue así; lejos de eso, no tardó Napoleón en trastornar el edificio católico en Alemania, destruyendo los principados eclesiásticos y distribuyendo los pueblos sin consideración a su religión.

Pío no podía sufrir tan grandes novedades sin quejas y protestas; pero Napoleón pretendía no haber dejado aniquilar el pontificado sino para hacerlo su instrumento y tener a su disposición los rayos de Roma, a fin de dirigirlos contra sus enemigos. En las conferencias de Tilsit había visto que la religión no imponía la menor traba a Alejandro: ¿por qué, pues, se las había de imponer a él? Por tanto, valiéndose del acostumbrado pretexto de protección contra los Ingleses, ocupó a Ancona y las Marcas; hizo a Talleyrand príncipe de Benevento, y a Bernadotte de Pontecorvo; mandó al papa que

(1) Tiene el filósofo Rosmini una oración fúnebre de Pío VII, en la cual es de ver cómo le excusa por haber coronado a Buonaparte. Los documentos, que en aquella ocasión se vieron, sirven para explicar en qué sentido la corte de Roma entiende la tolerancia, y de qué modo sea entendida la encíclica del 8 de diciembre de 1804. La verdad es una. No puede teológicamente considerarse como verdadera ninguna otra religión. Pero esto no le quita que, civilmente, no haya de tolerarse a quien profese otra. El mismo Talleyrand decía en una relación hecha al emperador el 13 de julio de 1804: « La tolerancia en Francia y en la mayor parte de los Estados de Europa es un deber político, que en nada hiera la catolicidad de los soberanos o de los Estados que gobiernan. En Alemania, en Italia, y hasta en Roma y en Francia están prohibidos los insultos y las persecuciones; se compadece a los disidentes, pero se manda respetar sus opiniones y el culto, que su conciencia les dicta practicar. »

(2) En Artaud, *Vida de Leon XII*, cap. 39, se encuentra la protesta presentada por el cardenal Caprara el 18 de agosto de 1803

cerrase el puerto de Civitavecchia a los géneros ingleses, que le entregase a Luciano, refugiado en su territorio, y que pronunciase el divorcio de Jerónimo. Pero los papas, que habían defendido la santidad del matrimonio contra los señores feudales, ¿no habían de defenderla entonces contra aquellos príncipes advenedizos que querían cambiar sus mujeres plebeyas por otras de estirpe régia? Además Napoleón, que en su catecismo hacía poner la obediencia a sí mismo como de precepto divino (1), exigía que una tercera parte de los cardenales fuesen Franceses, con voto en el cónclave, meditando acaso elevar al pontificado a su tío el cardenal Fesch. Esto habría sido equivalente a una renuncia de la soberanía, por lo cual Pío se negó a acceder a la propuesta (1809), y también a aplaudir, como era costumbre entonces, los actos de violencia cometidos con sus Estados. Napoleón llamaba a esta oposición ingratitud, y cobraba odio a aquel poder moral al cual no podía alcanzar la fuerza de las bayonetas. « ¡Qué insolencia, » decía, la de estos clérigos! En la división de la autoridad se reservan la acción sobre la inteligencia, es decir, sobre la parte más noble del hombre, y a mí pretenden reducirme a mandar solo sobre el cuerpo. Ellos se quedan con el alma, y me dejan el cadáver. »

Mas también quería destrozar este cadáver, empeñándose en que el papa, como príncipe, entrase en una liga ofensiva y defensiva, y tuviera por enemigos a los que lo fueran suyos; y porque Pío respondió que siendo padre de todos no podía declararse enemigo de ninguno, Napoleón alegó la necesidad de evitar que pudiesen ser interrumpidas las comunicaciones entre su reino de Italia y su reino de Nápoles. El general Miollis (1809) penetró, pues, en Italia, protestando que no quería más que pasar a Nápoles; pero con el pretexto de evitar una sublevación de los Transiberinos, ocupó el castillo

(1) En el cuarto mandamiento de aquel catecismo se lee lo que sigue:

P. ¿Cuáles son los deberes de los Cristianos para con los príncipes que les gobiernan, y particularmente los nuestros para con el emperador y rey Napoleón I?

R. Deben los Cristianos a los príncipes, y nosotros especialmente debemos a nuestro emperador y rey Napoleón, la honra, el respeto, la obediencia, la fidelidad, el servicio militar, los tributos para el sosten del imperio, y de su trono. Le somos además deudores de fervorosas oraciones para su salvación y la prosperidad espiritual y temporal del Estado.

P. ¿Por qué motivo nos incumben estos deberes para con nuestro emperador y rey?

R. Primeramente, porque Dios, que creó los imperios y los distribuye como le parece, colmando de dones al emperador así en la paz como en la guerra, nos lo ha dado por soberano nuestro, lo hizo ministro de su poder y su imagen en la tierra. Por consiguiente honrar y servir a nuestro emperador y rey, es honrar y servir a Dios mismo. En segundo lugar, porque con su doctrina y ejemplo nos enseñó Nuestro Señor Jesucristo lo que debemos a nuestro soberano: ya que obedeciendo al edicto de Augusto César, pagó el tributo; y con mandarnos dar a Dios lo que pertenece a Dios, también nos mandó dar al César lo que es del César.

P. ¿No hay acaso obligaciones particulares que nos imponen un afecto más grande a nuestro emperador Napoleón I?

R. Las obligaciones que nos hacen adherir al emperador nos impondrán igualmente nuestra adhesión a sus legítimos sucesores, según el orden de la constitución del imperio.

de Sant'Angelo y apuntó los cañones contra el palacio Quirinal, intimando a los cardenales del reino napolitano y del itálico que volviesen a su país; ocupando los correos y violando el secreto de la correspondencia; prendiendo a quien le pareció; dispersando a los soldados pontificios, y turbando el sosiego del pontífice hasta en su propio palacio, donde entró por medio del fraude y de la fuerza. Quejóse el papa de estos atentados, y Napoleón en respuesta declaró agregadas al reino de Italia las provincias de Urbino, Ancona, Macerata y Camerino; mandó a los naturales de estas provincias que abandonasen inmediatamente a Roma para volver a su patria, y dispuso que los obispos prestasen juramento de fidelidad al nuevo gobierno. Después, venciendo en Viena, decretó en Schönbrunn la unión de los Estados Pontificios al imperio francés, « países, decía, dados por Carlo Magno, » nuestro augusto predecesor, como feudo, sin que Roma cesase de formar parte de su imperio; » por lo cual retirándose aquel donatario, se separaba otra vez la cruz de la espada.

Confióse la ejecución de este decreto a Murat, el cual en la soberbia que da la fuerza, contaba ya por suya toda Italia, ó a lo menos la mitad de ella. Una partida de tropa penetró de noche a mano armada en el Quirinal, mandada por el general Radet. El papa no cayó como otros príncipes, silencioso y contento; por el contrario, hizo fijar en las esquinas de Roma una protesta contra la usurpación; se quejó de la violencia que se le hacía, acusó a Napoleón de haber puesto en olvido los servicios que le había prestado, excomulgó a los usurpadores y se dejó llevar preso a Florencia, Turin y Savona, y después fué depuesto.

Del Estado Pontificio se formaron dos departamentos franceses, el de Roma y el de Trasimeno, quedando Roma considerada como la segunda ciudad del imperio y dando título de rey al príncipe heredero. En cuanto a las cosas eclesiásticas, se resolvió que los papas a su exaltación jurasen no dictar medida ninguna contra las cuatro proposiciones de la Iglesia Galicana, que fueron declaradas comunes a todas las Iglesias católicas del imperio; se les señaló una renta de 2.000,000 de francos en bienes libres de toda carga; se declararon gastos del imperio los del Sacro Colegio y los de la Propaganda, mandándose que estos, la Dataría, los archivos de las misiones y todo lo demás pasase a Paris, donde a fuerza de millones se preparaba la construcción de un nuevo Vaticano. Napoleón habría podido crear un patriarca de Francia, imperio que comprendía a la sazón las cinco sextas partes de la Europa cristiana, pero prefirió un papa colocado en Paris que le diese influencia sobre España, sobre Italia, sobre la Confederación del Rin y la Polonia: misiones en América y Asia difundirían la gloria y el poder de Francia; los concilios de Paris representarían la Cristiandad; en suma, Napoleón quería ser como los monarcas de

Prusia, Rusia é Inglaterra, el jefe de la religión en cuanto pudiera permitirlo el Catolicismo, a fin de hacerla servir a sus miras políticas (1).

Queriendo una vez Luis XIV citar a su presencia a dos obispos que rechazaban sus pretensiones, le dijo Bossuet: « El Cielo os libre » de dar semejante orden: temed que el camino » que atravesen se cubra de un pueblo arro » dillado para implorar su bendición. » Otro tanto sucedió a Pío, que tratado en su viaje sin miramiento ninguno, pudo consolarse con los homenajes que recibió de todo el pueblo. Las violencias son de tan pésima naturaleza que una vez comenzadas es preciso llevarlas al extremo; así el papa fué tratado en Savona como un preso vulgar, dándosele tres francos diarios, separándolo de sus consejeros y vigilándolo siempre bajo el pretexto de que los Ingleses pensaban robarlo.

Pío se acostumbró a la resistencia pasiva y se negó a consagrar a los obispos, de manera que las Iglesias quedaron viudas; tampoco reconoció el divorcio de Napoleón, declarando que su segunda mujer no era sino una concubina, y por último lo excomulgó. Habiendo vacado el arzobispado de Paris, Fesch declaró que no lo recibiría sino del papa; Maury, obispo de Montefiascone y cardenal adicto a Napoleón,

Concilio de Paris.

(1) En las Memorias que dejó el príncipe de Metternich, que fué muchísimo tiempo ministro del imperio de Austria, se dice: « Yo, no como Católico, sino como ministro de Austria, quiero que viva el papa en casa del papa, y no en casa ajena. Así se las canté a Napoleón, cuando estaba en Savona el papa, prisionero de la Francia. Me quería mucho Napoleón, y le constaba que me honraba con su confianza el papa. »

— Hacedme un favor. Cansado estoy con el cautiverio del papa. Se ve en una posición que no le deja disfrutar de ninguna utilidad, y que importa que no dure mucho tiempo. Deseo que vayáis a Savona; os profesa mucha benevolencia el papa, y le haréis entrar en un designio que me ha ocurrido para abreviar esta lucha brutal.

— Yo respondí que antes era menester que me diera su licencia mi emperador.

— ¡Y qué! ¿Vais por ventura a negarme este obsequio? (respondió). Soy de parecer que ningún peligro correis con trabajar por la paz del mundo.

— Esto es cabalmente lo dudoso para mí, respondí yo con sonrisa. Temo que no es la paz lo que propone V. M. al papa. ¿Os dignaríais indicarme vuestro designio?

— Os lo voy a explicar, dijo Napoleón. De hoy en adelante no estará en Roma la Silla de la Iglesia; en Paris estará.

— Hice un movimiento de admiración y una sonrisa de incredulidad.

— Si, continuó aquel hombre tremendo. Hago yo venir el papa a Paris, y confirmo la Silla de la Iglesia. Empero quiero que sea independiente el papa; cerca de Paris le arreglo una habitación conforme; le regalo un palacio, y para que esté en su propia casa, declaro neutral el territorio a unas cuantas leguas de circunferencia. Allí tendrá su cuerpo diplomático, sus Congregaciones, su corte, y a fin de que nada le falte, le aseguro seis millones anuales de renta: ¿Crecis acaso que rehusará?

— Por cierto que sí, y la Europa entera le apoyará en su negativa; verá el papa, y con justicia, que, con vuestros seis millones, sería tan prisionero como lo es en Savona.

— Llenóse de despecho Napoleón, y me atronó con ciegos clamores y quejas. Por fin le dije: — Me arranca un secreto V. M. Este mismo designio ha tenido el emperador de Austria. Él echa de ver que no tiene V. M. la intención de volver a poner al papa en Roma; él no quiere que siga siendo cautivo, y piensa igualmente hacerle un Estado. Conoce V. M. el palacio de Schönbrunn; lo ofrece el emperador al papa, con un circuito de diez a quince leguas, enteramente neutral, y le añade una renta de doce millones. Si acepta semejante proposición el papa, ¿lo consiente V. M.?

lo aceptó sin consagración papal, y el cabildo se reunió para decidir si debía confiarse ó no la administración de la diócesis. La mayoría resolvió afirmativamente; pero algunos creyeron indispensable la autoridad pontificia, y los breves del papa circulaban á pesar de la prohibición y de las persecuciones de la policía. Para debilitar la resistencia del pontífice y también para hacerla inútil, echó mano Napoleón de multitud de expedientes. Hizo que todos los obispos del imperio respondiesen á la declaración del cabildo de París, y los de Italia, puestos de acuerdo con el virey, se mostraron todavía mas serviles, asegurando que el cuerpo de los obispos en ejercicio representaba á la Iglesia, y que en lo antiguo no había habido ni institución canónica, ni juramento de fidelidad. Después el emperador convocó un concilio de todos los prelados del imperio y de la Confederación del Rin, á fin de que resolviera las dificultades que se habían suscitado en el seno de la Iglesia: ostentación de nuevo género, nueva imitación de Constantino y de Carlo Magno. Ante la comisión eclesiástica que preparaba los trabajos para las deliberaciones, discutió Napoleón con los prelados sobre la autoridad temporal del papa, y cuando el octogenario abate Emery por medio de un argumento *ad hominem* le demostró que Bossuet mismo había declarado necesario aquel poder, respondió: «Eso podía ser cuando Europa tenía diversos señores, pues no era decente que el papa estuviese sometido á uno en particular. Pero ¿y ahora que Europa no conoce otro soberano mas que yo?» Propusieronse, pues, á la asamblea los siguientes puntos: ¿Puede el papa por negocios temporales negar su ministerio en los negocios espirituales?

¿No convendría que el consistorio del papa se compusiera de prelados de todas las naciones?

No habiendo violado el gobierno francés el concordato, ¿puede el papa negarse arbitrariamente á consagrar los obispos nombrados, arrojando la religión en Francia como la ha arrojado en Alemania, donde hace diez años que no hay un obispo?

La bula de excomunión ha sido fijada y difundida clandestinamente: ¿cómo se podrá evitar que los papas se abandonen á excesos tan contrarios á la caridad cristiana y á la independencia de los tronos?

Á los obispos se les presentaba ántes de estas cuestiones esta otra: ¿tenían ellos derecho para reunirse sin permiso del pontífice? Si individualmente se mostraron sumisos á Napoleón; si en sus mensajes particulares asistieron á lo declarado por el cabildo de París, en cuerpo no se atrevieron á considerarse como asamblea religiosa; eludieron las cuestiones, estuvieron en correspondencia secreta con Savona y enviaron al papa su sumisión, por manera que el emperador se apresuró á disolver el concilio. El clero se había regenerado en las tormentas sufridas, y si el concilio no dictó disposiciones

sábias ni nuevas, en cambio dió un ejemplo de valor, tanto mas admirable cuanto que todas las frentes se habían humillado ante el poderoso, y cuanto que el clero mismo se creía obligado para con el nuevo Ciro que había reedificado á Jerusalén.

Á las insidiosas proposiciones del emperador opuso resistencia Pio, lo mismo que á sus brutales amenazas, diciendo: *Dejadme morir digno de los males que he sufrido*. Entonces Napoleón se irritó, lo maltrató, hizo buscar por la policía (1) á sus fieles servidores y los obligó á renunciar sus cargos ó los sepultó en las prisiones, donde si pedían el breviario se les daba un tomo de Voltaire. Después (14 de enero de 1811) se intimó al papa de parte de Napoleón «la prohibición de comunicarse con ninguna Iglesia ni con súbdito alguno del imperio, bajo la pena de desobediencia para uno y otros; que cesaba de ser órgano de la Iglesia el que predicaba la rebelión y fomentaba los resentimientos; y que, pues nada había sido bastante para hacerle tener prudencia, tuviera entendido que el emperador podía, imitando á otros predecesores suyos, destituir á un papa.»

Cierto día, hicieron mudar al papa de vestidos, y le encerraron secretamente con llave dentro un coche, y sin dejarle salir ni de día ni de noche, le llevaron mas allá del Ceniso, mientras que estaban fingiendo en Savona que seguía en aquel punto. Sintiendo enfermo é incierto de lo que sucedería, quiso recibir el Viático, y dispuso de todo lo mismo que si estuviera en el artículo de la muerte, y perdonó á los perseguidores. Luego llegó á Fontainebleau, y estuvo detenido en aquel palacio bajo la voluntad de aquel que todo lo podía, y hasta que este perdió todo poder.

¡Triste de la fuerza cuando se pone en lucha con una idea moral! Napoleón decía á Fontanes: «Alejandro pudo llamarse hijo de Júpiter sin ser contradicho, y un monarca como yo encuentra un sacerdote mas poderoso, porque reina sobre el espíritu y yo reino solamente sobre la materia.»

La situación era, pues, en lo interior de despotismo, en lo exterior de conquista; ¡tan lejos estaba ya de las teorías de la Asamblea nacional! Napoleón, hijo de la libertad, laceró el seno de la propia madre y debía perecer por tanto. La diplomacia no podía ya contar ni con su moderación, ni con su palabra. De ruinas nacían ruinas; su único objeto era conquistar pueblos, de quienes valerse para la conquista de otros; los príncipes no podían ya decir si convenía obrar de esta ó de la otra manera, pues los planes mas diversos conducían al

(1) El manuscrito de Santa Elena dice que por las diferencias con Roma estaban presos quinientos eclesiásticos. Otras Memorias dictadas por Napoleón niegan la autenticidad de aquel y reducen este número á cincuenta y tres, añadiendo: *Il l'ont été légitimement*. (Nota sobre el libro de los cuatro concordatos.)

mismo fin. Á la familia real de España se la tenía presa después de haberle faltado á todos los pactos, y en esta situación se la mandaba que se mostrara contenta; Austria no se había salvado sino arrojando una hija ante las ruedas del carro del déspota; Prusia se estremecía sometida á una humillación insoportable; los pequeños Estados de Alemania habían comprendido que la neutralidad no era posible y conducía al abismo; Suiza, Holanda é Italia habían sido reorganizadas según el gusto del déspota, y no sabían si cualquier día recibirían nueva organización. El mundo estaba lleno de ruinas, y era el deseo comun la caída del opresor. Mientras los reyes estaban consternados, los pueblos se rehicieron, y se extendieron los sociedades secretas, proclamando la nacionalidad que entonces debía tener su epopeya. En España se inventó el nombre de liberales, destinado también á dar la vuelta al mundo; las cortes dieron una constitución enteramente democrática, y Mina la puso el sello con la sangre de cuantos Franceses caían en sus manos. En Italia los carbonarios se concertaron para restablecer las antiguas dinastías con gobiernos templados. En Alemania sobre todo las sociedades secretas tomaron grande extensión, aspirando unas á la reconstrucción de la unidad germánica bajo la dominación de Austria, otras á la división entre el Norte y el Sur, entre Austria y Prusia; todas á la libertad, y los gobiernos se valieron de ellas para resistir á la opresión francesa, y proclamaron el amor á la patria, la libertad y la independencia como los revolucionarios de hacía veinte años.

En lo interior de Francia, no bastando ya la conscripción, fueron arrebatados de sus casas los muchachos de catorce años para que sirvieran de grumetes en los buques; y aquellos belicosos Franceses se negaban á tomar las armas, habiendo llegado á ser heroísmo el huir de las batallas. Se daban y se quitaban á la voluntad del soberano palacios y posesiones, después de haberse doblado el valor de las cargas impuestas arbitrariamente sobre ellos. El comercio estaba aniquilado, pero Napoleón estableció el monopolio y vendía carísimas las licencias para introducir géneros coloniales. Arrojábase al mar el azúcar y el café decomisados, mientras era vivísimo el deseo de obtener estos artículos; quemábanse las telas al paso que el pueblo estaba desnudo, y la miseria crecía con la falta de toda industria, siendo preciso para suplir á esta emprender obras grandiosas, como almacenes en la Bastilla, y otras donde se ocupasen los brazos que no tenía ocupados la conscripción. El imperio se hallaba en la misma situación que la antigua Roma: necesitaba dar pan y espectáculos. Pero en 1811 se aumentó mucho el hambre, y detrás de ella vinieron los tumultos, y á estos sucedieron el patíbulo, la exposición á la vergüenza y los trabajos forzados, con lo cual decía el *Monitor* que se había restablecido la tranquilidad.

La Francia había sido aclamada como bienhechora del género humano por las ideas que difundió, ya con los libros, ya con la Revolución ó con la simpatía que esta excitó en todas partes. Pero la dominación soberbia del emperador convirtió aquel efecto en cólera, y el nombre francés no significaba ya mas que arbitrariedad y latrocinio. Al principio los reyes enviaron á la guerra los ejércitos poco deseosos de combatir; después los pueblos arrastraron á la misma guerra á los reyes consternados. Napoleón no tenía mas lógica que la de la victoria, y sus enemigos esperaban contestarle con ella. La invasión de España, si por una parte demostraba que todo era de temer de la ambición del emperador, ponía en evidencia por otra parte la posibilidad de resistirle. Entre el vulgo corrían extraños rumores acerca de una manía de sangre de que se le decía poseído; la excomunión le quitaba el carácter de restaurador de la religión; las almas timoratas pedían con ansiedad noticia del papa; las voces de un noble emigrado, de dos tribunos destituidos, de un hidalgo de Chambery que hizo un viaje á Petersburgo, de una mujer desterrada, adquirieron influjo resonando en el medroso silencio de los pueblos, y la opinión pública, poder que se sustrae de todo despotismo, aun del de la gloria, iba adquiriendo cada día mayores proporciones. Un cometa que por entonces se presentó pareció á los pueblos, ya exentos de superstición, extraordinario indicio de la caída del hombre extraordinario, en quien debían de infundir mayor espanto las voces de patria y de independencia que por todas partes resonaban.

CAPÍTULO XIV

Expedición á Rusia. — Los aliados en Francia.

Agregados también al imperio francés el Estado de Roma, los países situados á la izquierda del Rin, la Holanda y las Ciudades Anseáticas (9 de julio de 1810), la Etruria, Parma y Plasencia, tomó en Napoleón mas cuerpo que nunca la ilusión de formar el imperio de Occidente.

El mal éxito de la expedición de Walcheren produjo en Inglaterra la caída de Castlereagh y Canning, elevando al ministerio de negocios extranjeros á lord Wellesley, hermano de Wellington, hombre moderado; y habiéndose declarado al rey completamente loco, se confió el sello al príncipe de Gales. Todo daba esperanzas de paz; pero mientras Napoleón repetía que Inglaterra estaba al borde del precipicio, se engrandecía esta potencia cada vez mas, fabricaba armas para toda la Europa beligerante, extendía sus colonias, y estas y la América independiente ofrecían nuevos mercados á sus manufacturas. Las presas, por otra parte, enriquecían á los corsarios y marineros; penetraba el contrabando aun en los puertos mejor, custodiados, tanto mas audaz cuanto